

A NOVELA
CINEMATOGRAFICA SEMANAL
MODERNA



25
cts

553

EY BARRY

PAULINE SARON

E DURA SANGRE

THORPE, Richard

LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRÁFICA
MODERNA
EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: Francisco - Mario Bistagne
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

Año X BARCELONA N.º 555

The Thoroughbred, 1930

De pura sangre

Interesante asunto, interpretado por
Wesley Barry, Nancy Dover, Pauline Garon,
etc.



Exclusiva de

Cinematográfica Almira, S. A.

Rosellón, 210

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
RICHARD ARLEN



De pura sangre

Argumento de la película

I

Dos granjas vecinas en las praderas del Fart West. Grandes cuadras de caballos de carreras, mundillo de jockeys, propietarios y caballos que viven en perpetua rivalidad.

El patrón de una de las cuadras era Donovan. Y su condición se ponía en seguida de manifiesto, pues su voz era un relincho y sus palabras coces.

El dueño de la otra cuadra era Riley, menos fiero y voluminoso que su rival, pero también entregado a su negocio de tal modo que su honor estaba en las pezuñas de sus caballos.

Como eran vecinos y tenían una misma pista de entrenamiento, los encuentros de los dos rivales se repetían y en cada encuentro surgía una acalorada discusión. En todo quería ser Donovan más que Riley, y en todo quería ser Riley más que Donovan. Si Donovan, por ejemplo, veía que su rival fumaba puros más gruesos que los corrientes, él los encargaba de tres dedos de diámetro, y pocos días después aparecía Riley con puros tan gordos como estacas.

Cada uno tenía una hija, y más de una vez estuvieron a punto de llegar a las manos por si la de Donovan era más guapa que la de Riley, o la de Riley era más guapa que la de Donovan.

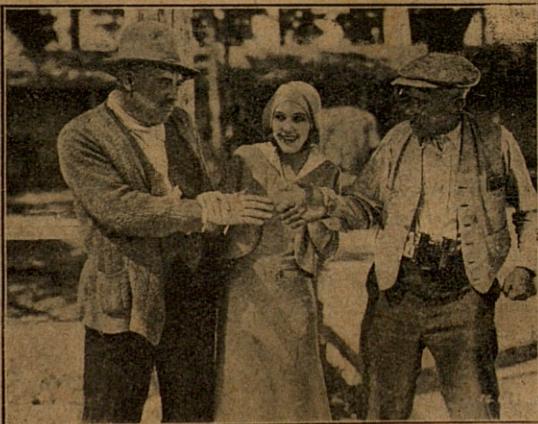
Cada uno tenía también un jockey favorito. El de Riley era un joven presuntuoso al que sus compañeros conocían por el justo sobrenombrado de "Guapo".

El "Guapo" no se había limitado a captarse las simpatías de su patrón, sino que había hecho exploraciones afortunadas en el corazón de Colleen, su hija, a la que había logrado embauclar con sus embustes, pues en cuestiones sentimentales no era capaz de más aquel niño bonito.

En los dominios de Riley había empezado la agitación muy de mañana. Se anuncianaban las grandes carreras y había que trabajar mucho. Corrían algunos caballos y el encargado de las cuadras renovaba la comida en los pesebres. Provisto de una especie de descomunal tenedor se

dirigió al montón de paja más próximo y lo introdujo en él con fuerza.

Se oyó un grito, y seguidamente asomó por la cima del montón una cabeza tan negra como la tinta.



Cada uno tenía una hija...

—¡Oiga usted, amigo! Esta carne no está aún lo bastante cocida para que usted la pinche. En mi vida he tenido un despertar tan amargo.

Se sujetaba con ambas manos la parte central y trasera del cuerpo. Al mismo tiempo surgió a su lado otra cabeza, pero ésta completamente

blanca. Ojos claros y cabellos rubios. Su semblante no revelaba amargura, cosa natural, pues no había participado del pinchazo.

En indumentaria no se diferenciaban gran cosa el blanco del negro. Los dos tenían un sello inconfundible de vagabundos que habían convertido en lecho aquel montón de paja.

—¿Queda alguien más? —preguntó el encargado de las cuadras.

—Nadie —repuso el negro—. Estamos los dos solos.

—¿Y quiénes sois vosotros para convertir el pienso en jergón?

—Este —repuso el negro, señalando al joven blanco— es el mejor jockey del mundo, el gran Tod. Yo soy Ham, su secretario.

—Bueno, bueno. Largo de aquí y cuidado con que os vea mi amo, porque os va a sacudir la mugre a palos.

Tod, el mejor jockey del mundo, y Ham, su secretario, se retiraron dando bostezos, pues sus estómagos se daban cuenta de que era la hora del desayuno, del mismo modo que la noche anterior habían protestado a la hora de la cena.

Se sentaron en la valla que cercaba la pista, y Tod se olvidó de todo al ver correr los caballos.

El "Favorito" de Riley, conducido por el "Guapo", volaba más que corría, y a Tod se le iban los ojos detrás de él.

—¡Vaya caballito! ¿Verdad?

—Con un caballo así—contestó el negro—se puede dar la vuelta al mundo en media hora.

—Con un caballo así—dijo Tod apasionadamente—me hacía célebre yo en una temporada.

Pero de pronto sucedió algo que los hizo volver a la realidad. Se había oído el canto de un gallo. Se miraron Ham y Tod y después los ojos del negro hicieron una exploración por los alrededores.

—Espera—dijo Ham, de pronto, con los ojos resplandecientes de esperanza.

Se fué y reapareció a los pocos segundos cubriendose el vientre con los brazos, pero no tan bien que no dejara asomar la cola del gallo.

—Ya lo tenemos. Es una hermosa pieza.

En efecto, debía de ser tan grande como un pavo, a juzgar por el bulto que hacía.

Si Ham estaba emocionado ante la perspectiva de un desayuno tan succulento, Tod no pudo menos de estremecerse de anticipado placer.

Echaron a correr mientras Tod recomendaba:

—¡Tápale la cola!

Y apenas lo hubo hecho Ham, les salió al paso uno de los guardianes de la granja, hombre alto y fuerte y con cara de mal genio.

Se detuvieron en seco al ver que el gigante ponía los brazos en cruz.

—¿Dónde vais tan de prisa?

—Nos estamos entrenando—repuso Ham—. Somos corredores pedestres.

—¿Y quién os ha dado permiso para entre-

naros en esta granja? Con esa facha sólo se puede correr en una dirección: en la de la cárcel.

—Perfectamente. Pues seguiremos corriendo camino de ella.

Intentaron continuar la carrera, pero el guarda lo impidió.

—Antes—dijo mirando el abultado estómago del negro—deseo saber lo que llevas ahí.

—Es que me ha salido una joroba en el estómago.

—¡Qué raro! ¿Y es muy dura esa joroba?

Tendía las manos hacia el bulto, pero Ham dió un salto atrás.

—¡No, no lo toque! ¡Trae mala suerte!

Pero el gallo se movió y su cola volvió a asomar por la unión de la americana. Tod y Ham comprendieron que no tenían más que una solución: echar a correr, y la pusieron en práctica.

El centinela emprendió la persecución, y acaso no los hubiera cogido de no surgir el incidente que vamos a relatar.

La valla de madera que cercaba la pista tenía puertas giratorias consistentes en una estaca vertical y dos horizontales clavadas sobre aquélla en forma de cruz. Donovan y Riley coincidieron en una de esas puertas, y como uno de ellos era zurdo y acostumbraba entrar haciendo girar la puerta hacia la izquierda, y el otro quería hacerla girar hacia la derecha, cada uno empujó por un lado y la puerta no giraba hacia ninguna parte.

Tod y Ham trataron de ganar aquella salida sin darse cuenta de que estaba obstruida por los cuerpos de los patronos, y allí los pescó el guardián.

—Trataban de robar un pollo.

Ham imploró muy asustado:

—Tenemos hambre, patroncito. No nos mande a la cárcel.

Se había dirigido a Riley, y eso molestó a Donovan.

—¡Eh, joven, que yo también soy patrón! Y, para demostrarlo, os perdonó.

—¡Poco a poco! —replicó Riley—. El que los perdona soy yo.

—Yo siempre el primero. Muchachos, tenéis un puesto en mi casa.

Entonces Riley tuvo una ocurrencia.

—Perfectamente. Tú habrás sido el primero en protegerlos y yo soy el primero en despreciarlos, con lo que resulta que salgo ganando yo, pues maldito el servicio que me pueden hacer estos dos vagabundos.

Entonces Donovan exclamó:

—Pero como se han dirigido a ti, tú te quedas con ellos, que yo tengo gente de sobra.

Y dando media vuelta dejó la protección de los muchachos a cargo de Riley, que era precisamente lo que él quería.

Y así fué cómo, de la noche a la mañana, Tod y Ham dejaron de ser vagabundos.

II

El encuentro entre el “Guapo” y Tod se produjo en seguida. Al mismo día siguiente, Tod pasó de criado a jockey, bastando para ello que Riley le viera montar. Y como, además, en los ejercicios gimnásticos se reveló como un fenómeno de la agilidad, esto hizo comprender al “Guapo” que le había salido un rival.

El “Guapo” aprovechó la primera ocasión para provocar el altercado, y por sorpresa alcanzó a Tod con un directo en pleno rostro.

Pero el golpe tuvo agradables consecuencias para Tod, pues cuando se dirigía con los demás jockeys al comedor para almorzar, se encontró con Colleen, la hija del patron Riley.

Colleen no era muchacha que se asustara al ver sangre, pero su gran corazón participaba de todos los dolores ajenos y era en la granja de su padre una especie de ángel de la paz.

Por eso, al ver que Tod sangraba por la boca a consecuencia del puñetazo de el “Guapo”, lo detuvo.

—Pero, ¿dónde va usted con esa cara?

—¿Es que no le gusta? Lo siento mucho, señorita, pero no tengo otra.

—Lo digo porque la lleva usted llena de sangre. ¿Ha reñido con alguien?

—Sí, señorita. Ha sido un golpe como para ganar por k. o. Pero no se preocupe. Dentro de cinco minutos ya no quedará el menor vestigio del directo.

—Pero no puede usted entrar así en el comedor. Mi padre no quiere riñas y será capaz de despedirle. Límpiese esa sangre. Deme su pañuelo.

—El caso es—dijo Tod, después de registrar—se los bolsillos—, que seguramente lo he perdido, porque no lo encuentro.

Entonces ocurrió algo que Tod no olvidaría nunca. Colleen sacó su perfumado pañolillo de encajes y le enjugó con él la sangre que manchaba su rostro.

Tod llevaría siempre en el alma aquel perfume como recuerdo de Colleen y en sus retinas aquellos ojos claros, tranquilos y dulces que tan bien había podido ver mientras le enjugaba la sangre con suavidad de caricia.

* * *

Y pasaban los días.

Dos almas se separaban insensiblemente: Co-

lleen y el "Guapo". Dos almas se iban fundiendo en simpatía: Colleen y Tod.

Ham estaba satisfechísimo de su nueva vida. Comida y cama asegurada; caballos a todas ho-



Colleen sacó su perfumado pañolillo...

ras. Un paraíso así era lo que siempre había soñado.

Tod se iba imponiendo como jockey. No había caballo malo para sus diestras manos, y "Favorito" se había convertido en una golondrina. Había que verlo volar bajo las piernas de Tod. La voz del muchacho producía en el ani-

mal magníficos efectos. De no ser por el retumbar de los cascos al herir la tierra, nadie hubiera dicho que la tocaba. Recto el cuello, casi horizontales las finas manos delanteras, todo su esbelto cuerpo estirado hacia la meta de la victoria, se deslizaba a ras de la tierra con rapidez de halcón y suavidad de golondrina.

Tod anhelaba que el patrón le dejara debutar. ¿Cuándo iba a ser eso? ¿Cuándo se daría cuenta de que él servía para algo más que para entrenar caballos?

Por fin, una mañana encontró la esperada ocasión de demostrar hasta dónde llegaba su pericia de jockey.

Corrían dos caballos: uno de Donovan y otro de Riley. El de Riley estaba sometido a un riguroso aprendizaje por parte de Tod. Era un potro con muchas facultades y poca práctica. Tod se dió cuenta de dos cosas: una, que el jockey de Donovan corría delante de él. Otra, que Donovan y Riley los miraban con curiosidad.

El saludo entre los dos patronos había sido el siguiente:

—Buenos días, vecino.

Así dijo Riley.

—Buenos días—contestó Donovan.

—¿Qué tal tus caballos?

—Como siempre: delante de los tuyos.

—Habrás querido decir “como siempre que van al matadero”.

—Ahí tienes la muestra.

Y señaló a los dos caballos que corrían.

—Tod lleva un potro que está aprendiendo a correr.

Y, acaso por primera vez en la vida, reconoció Donovan:

—Como potro no está mal.

—Como potro le da una paliza a tu mejor caballo de carreras.

—Ya se ve.

Tod sabía muy bien la rivalidad que existía entre su patrón y Donovan. Instantáneamente comprendió que si él le daba la satisfacción de vencerlo, aunque fuera en un entrenamiento, Riley le profesaría gratitud eterna.

El potro se prestaba para la audaz experiencia. Todo era cuestión de lanzarse.

Y se lanzó.

El cuerpo echado hacia adelante, su cabeza junto al cuello del caballo, comenzó a estimularlo con gritos cariñosos.

Un cuarto de vuelta y vió que la cabeza del potro estaba a la altura del vientre del rival.

Y vió algo más: Junto a la valla, los ojos curiosos de toda la gente de Riley y de Donovan y los anhelantes de Colleen.

Esto le infundió nuevos ánimos y puso toda su alma de jockey en la victoria. Media vuelta más y las cabezas de los caballos avanzaban paralelamente.

El jockey de Donovan, dándose cuenta de que su empleo peligraba, tuvo una reacción deses-

perada, y poniendo en juego todo lo que había aprendido en su larga vida de jockey, logró que la cabeza de su caballo se destacara de la del potro.

Pero Tod volvió a encontrar los ojos azules de Colleen y esto bastó para que el potro recuperara lo perdido.

Le había parecido ver un resplandor de angustia en aquella mirada, y entonces Tod se dijo que antes reventaría el potro que le dejaría perder la carrera.

También había visto los ojos desorbitados de Riley y Donovan, y sus bocas que se movían cruzando violentas puyas. A buen seguro que ya se habían jugado algo: un brazo o la cabeza, por ejemplo.

Media vuelta faltaba y el potro no había logrado despegarse. Era un buen caballo el de Donovan y un buen jockey el que lo conducía.

Pero no se trataba de eso. No importaba que fuera mejor o peor. Lo que se ventilaba era su categoría de jockey y el triunfo o el fracaso en presencia de aquella carita de ojos azules y dorados cabellos.

Y Tod se dijo: "Antes nos reventaremos los dos que perder".

Y en un supremo esfuerzo en el que el entusiasmo de Tod pareció comunicarse al potro, éste se fué despegando bravamente en un heroico sprint y llegó a la meta con un metro de ventaja sobre su rival.

Riley daba saltos de alegría. Aplaudían sus compañeros. El "Guapo" le dirigía una mirada incendiaria. En cambio, Colleen había corrido a felicitarle.



—*Sabía que ganaría usted.*

—*Sabía que ganaría usted, pero temí que cayera. Es usted un jockey de cuerpo entero.*

Riley, en cambio, había logrado tranquilizarse, y fué más prudente en las alabanzas.

—Bien, muchacho, pero no te envanezcas demasiado, pues sin mi caballo no habrías logrado nada. Ten siempre en cuenta que los que ganan las carreras son los caballos y no los jockeys. De todas formas tú no eres ningún pelele y lo tendré en cuenta.

Han había oido esta conversación. Estaba loco de alegría.

—¡Eres un as! ¡Te subirán el jornal!

—Desde este momento me llamarás el señor Tod.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¿Y no le das las gracias a tu *manager*?

—¿*Manager*? ¡Como no sea de los muchos bostezos que me has hecho dar en la vida!

III

Tarde de domingo. Ese día hasta los negros descansan en América.

En las granjas de Riley y de Donovan se celebraba el descanso dominical, no dejando descansar al cuerpo. Músicas, bailes, juegos...

Ham firteaba con la criada negra de Donovan. Tod, fatigado, de buena gana se habría echado

a dormir en vez de soportar aquella algarabía. Se hizo el silencio y se oyó una canción:

*Queda a lo lejos
la plantación.
Toca campana
de la oración.*

*Cruzando el lago
un cisne va.
Mi negra encima
viene hacia acá.*

*Un pajarito
dice a mamá:
—Tu hijo querido
no volverá.*

*Bebió el domingo
hace ya un mes,
y no despierta
ni a puritapiés.*

Buscando un lugar tranquilo, Tod se internó en el jardín de la granja. Descansaría un rato para ponerse en condiciones de volver al jaleo, ya que, por lo visto, en la granja de Riley estaba mal mirado el que no se divertía en domingo.

Pero oyó un canto dulcísimo, sin acompañamiento de música porque aquella voz no lo necesitaba, entre las frondas del jardín que dora ba el sol de la tarde.

Quedó embelesado. No había oído jamás una voz tan deliciosa.

Siguiendo el camino que aquella armonía le trazaba, llegó hasta la cantante. Y, al verla, se extrañó de no haber adivinado quién era la poseedora de aquella voz de ángel. ¿Quién podía ser sino Colleen?

Ella lo acogió con alegría. Eran ya dos buenos amigos. Tod había conquistado en su corazón todo el terreno perdido por el "Guapo".

Desapareció el cansancio en el cuerpo de Tod y su alma despertó a una nueva vida llena de entusiasmo y de pujanza...

Los murmullos de su conversación se deslizaron minuto tras minuto y hora tras hora, pues se diría que habían perdido la noción del tiempo.

Al atardecer, en esos momentos tan dulces y tranquilos en que las almas se tienden con indolencia sobre los cauces de los sentimientos y sobrevienen las confidencias, los murmullos de la charla fueron haciéndose más tenues y de pronto se oyó un ruidillo sospechoso.

Una pausa. Un susurro y estas palabras pronunciadas en tono claro y vehemente por Tod:

—Mis pretensiones sólo son poner un anillo en ese dedo.

—¿Y si yo te digo que no?

—Ya me has dicho que sí con tu beso.

IV

Llegó la primavera y, con ella, la época de las carreras de caballos. Las granjas de Riley y Donovan se animaron extraordinariamente.

Todas las mañanas ejercicios gimnásticos y carerras. Y tampoco podían faltar las disputas entre Riley y Donovan.

Tod estaba entrenando a "Favorito", el as de las cuadras de Riley, el estupendo corcel al que la providencia parecía haber puesto alas, para felicidad de su dueño.

Sin embargo, algunas veces había perdido, cuando el "Guapo" lo conducía, cosa que parecía a Riley inexplicable y que le hizo perder mucho dinero.

El "Guapo" lo había conducido al triunfo muchas veces y, sin embargo, otras, a pesar de competir con caballos de segunda categoría, y precisamente cuando Riley apostaba de firme por él considerando segura la victoria, se dejaba ganar por cualquiera y ni siquiera "colocado" llegaba.

Esto le había hecho tomar la determinación de

que nadie más que Tod corriera a "Favorito". No se metía a dilucidar si Tod era mejor que el "Guapo" o si el "Guapo" era mejor que Tod, pero estaba convencido de que éste era más igual y no daba sorpresas.

Se habrá observado que Riley, cuando ganaba, atribuía el triunfo al caballo, y, si perdía, echaba las culpas al jockey. Para comprender esta sinrazón bastaba darse cuenta de cómo adoraba Riley a sus caballos.

En los entrenamientos Riley no vió defraudadas sus esperanzas. "Favorito", conducido por Tod, ganaría al día siguiente, porque "Favorito", manejado por Tod, era el mejor caballo de la comarca y no había ninguno que pudiera competir con él si no quería hacer el ridículo.

Riley se frotó las manos jubilosamente. Su maltrecho capital quedaría reparado al día siguiente gracias a "Favorito".

* * *

No eran más que las ocho y ya andaba Riley enviando a los jockeys a la cama.

Cuando creía que ya estaban todos enchiquerados, encontró a Tod en dulce coloquio con Colleen, con la que muy a menudo daba largos

paseos a caballo por los alrededores, comiendo luego, solos, opíparamente.

—¿Cómo se entiende? ¿Tú eres el que has de correr a "Favorito" y todavía andas por el mundo?



...comiendo luego, solos, opíparamente.

—No son más que las ocho, patrón.

—¡Ocho palos te voy a dar si no te vas a dormir en seguida! Mañana es el gran premio. Si gana "Favorito" me traerá a casa un puñado de miles de dólares, que, sumados a los que apostaré por él, forman una fortuna. Ya sabes lo

que quiero decir. Mañana te juegas el pellejo.
¡Ea, a dormir!

Tod, obediente, se retiró, después de despedirse, no como él hubiera querido, porque Riley estaba delante, de Colleen.

Riley se dió cuenta de lo que pasó por los ojos de su hija cuando dijo adiós al jockey, pero hizo como que no había visto nada.

Además, dijo con tono afectuoso:

—Es un buen chico... Voy a echar un vistazo a las cuadras y a dormir, porque yo también he de descansar y prepararme para las emociones de mañana.

* * *

Pero Tod no se fué a dormir.

Cerca había una especie de cabaret que era el único recreo de los habitantes de aquellas mediaciones.

El "Guapo" era un asiduo concurrente. Allí encontraba un elemento femenino propicio a la adulación que él necesitaba y allí realizaba negocios no muy limpios que le permitían aumentar sus ingresos de jockey en la medida necesaria para quien como él alardeaba de esplendido y de niño bonito.

Pero he aquí que desde el día en que "Favorito" fué destinado a Tod con carácter exclusivo, los buenos negocios habían terminado y esto tenía de un humor de todos los diablos al



...había una especie de cabaret...

socio del "Guapo", que no era otro que el dueño del juego en el cabaret.

Aquella noche, el Malcarado, que así llamaban al banquero de la timba, había tenido una larga conversación con el "Guapo", que por lo visto estaba en deuda con él.

—Hay que solucionar esto de un modo u otro.

Yo no tengo la culpa de que te hayan quitado a "Favorito" y llevo muchos meses esperando.

Después de una laboriosa conversación para precisar las condiciones, quedó concertado un plan que el "Guapo" había propuesto.

Había que comprar a Tod.

—Ese muchacho no se vende—dijo Malcarado—. Para eso es más duro que una piedra. ¿Crees que no lo he tanteado ya?

—Pues ahí está el plan—repuso Tod—. Hay que obligarlo a venderse.

—Pero ¿cómo?

Y entonces el "Guapo" habló en voz tan baja que sólo Malcarado le pudo oír.

* * *

Así se comprende que Tod acudiera al cabaret aquella noche. El "Guapo" buscó emisarios y combinaciones que desviaron a Tod de su camino cuando, obedeciendo las órdenes de su patrón, se retiraba a dormir.

El juego es el peor enemigo de la entereza de ánimo y de la rectitud de conciencia. Una invitación a tiempo, para pasar el rato, fué suficiente para que Tod quedara sobre las mallas dispuestas a plegarse.

El Malcarado dominaba todos los juegos y, por si esto no bastaba, realizaba operaciones de malabarista para sacar hasta el último centavo al que se le ponía por delante.

Cuando Tod vino a darse cuenta, ya no le quedaba ni para tabaco.

Con un gesto de resignación y sin la menor muestra de enfado, se levantó para marcharse, pero Malcarado le puso delante un montón de fichas.

—No quiero dejarte marchar con los bolsillos vacíos. Juega hasta recuperar lo que es tuyo. ¿Somos amigos o no somos?

Tod encontró muy razonable aquella proposición y continuó jugando.

Perdió rápidamente aquellas fichas y, al momento, quedaron substituidas por otras, que perdió también antes de que pudiera darse cuenta.

Dos horas después Tod debía dos mil dólares.

Se levantó para marcharse, pero Malcarado le detuvo.

—Un momento, joven. Hemos de hablar.

Lo llevó a un rincón de la sala y le preguntó:

—Ahora vamos a ver cómo me pagas los dos mil dólares.

—Le pagaré tan pronto como los reúna.

—¿Eh? ¡Qué cándido eres! Crees que voy a esperar yo hasta que tú logres reunir ese dinero? Fírmame un cheque y en paz.

—¿Un cheque? ¡Pero si yo no tengo dinero en ningún banco!

—Entonces sólo veo una solución. Mañana juzgaré por el mejor caballo de Donovan. Tú haces que "Favorito" pierda y cuenta saldada.

Tod se estremeció de indignación y clavó en Malcarado su mirada llameante.

Pero el dueño de la timba sonrió:

—No te pongas nervioso, muchacho. Lo que se debe hay que pagarla. Tengo testigos de que me adeudas dos mil dólares y ahora mismo puedo denunciarte a la policía.

Tod se dió cuenta de que había caído en una celada y, además, comprendió que le sería difícil salir de aquel enredo. Si Malcarado lo denunciaba a la policía, lo encerrarían y no podría correr al día siguiente. Eso aparte de lo que pudiera resultar del juicio.

Hizo esfuerzos por contener su ira e incluso consiguió sonreír.

—Bueno. Ya veo que usted es un hombre listo. Mañana perderá "Favorito". Pero a ver si sabe usted agradecermelo.

Se estrecharon la mano para sellar el pacto.

Pero, por si acaso, el dueño de la timba avisó a un detective para que fuera al día siguiente a las carreras, por si lo necesitaba.

Colleen estaba aún despierta. No tenía sueño aquella noche, aquella gran noche en que tantas

cosas trascendentales se avecinaban. Tod y ella habían convenido que, si "Favorito" ganaba, pedirían a su padre el consentimiento para unirse en matrimonio.

Una anticipada emoción conmovía a Colleen mientras contemplaba las estrellas. De pronto oyó una voz conocida, la voz de Donovan.

—¿Está su papá en casa, nena?

—Está durmiendo.

—Pues vaya a decirle que al freír será el reír.

—¿Por qué dice eso?

—Porque Tod, su jockey favorito, está en el cabaret bebiendo y jugando como un condenado.

—Eso no es cierto. Tod está en casa.

—Vaya usted a comprobarlo y se convencerá de que no está aquí.

En efecto, apenas se marchó Donovan, Colleen pudo comprobar que Tod no estaba en casa, y ello fué como un raudal de agua fría sobre el fuego de sus ilusiones.

A los pocos momentos llegó Tod y a su saludo respondió Colleen con una mueca de desprecio y con estas palabras que más que pronunciar, arrojó al rostro del jockey:

—Eres un mal hombre. Nos has engañado a mi padre y a mí.

El hipódromo rebosaba de una multitud enardecida.

Se veía en las tribunas el rostro satisfecho de Malcarado, el risueño de Donovan y el triste y desilusionado de Colleen.

En cambio, el semblante de Tod permanecía impasible. El sabía lo que debía hacer y esperaba el momento de obrar.

Malcarado había aprovechado la primera ocasión para hacerle ver que en el hipódromo había un detective que le vigilaba, pero Tod contestó simplemente:

—¡Qué desconfiado es usted!

Comenzaron las carreras y en seguida fueron cambiando de expresión todos los rostros. "Favorito" se había destacado a la primera embestida y se veía que Tod estaba dispuesto a ganar o a estrellarse.

Jamás había puesto el joven as tanta fe en una carrera y jamás había corrido tan velozmente "Favorito". El rostro de Colleen acaparó toda la alegría que antes campeaba en los rostros de el "Guapo", de Malcarado y de Donovan.

Terminó la carrera con un triunfo rotundo de Tod y dos personas salieron del público para abrazarle. Una, Colleen; la otra, Riley.

Y cuando lo felicitaban efusivamente llegó una tercera persona, el detective que Malcarado envió para que lo detuvieran.

Pero el torpe de Malcarado no comprendió que ahora pagar dos mil dólares no representaba ningún conflicto para él.

Explicó a Riley y a Colleen lo ocurrido y el

patrón entregó aquel dinero de muy buen grado.

Pero he aquí que el detective, que había oído el relato de Tod, en vez de permitirle que pagara los dos mil dólares a Malcarado, se llevó a éste detenido.

Y entonces Riley manifestó:

—Créeme que siento no haber podido hacerte ese pequeño favor después de lo mucho que has hecho tú por mí. Pídemelo lo que quieras.

Y Tod pidió la mano de Colleen

—Concedida—repuso Riley sin vacilar.

Y aquella noche, no fué sólo Colleen la que salió a contemplar las estrellas.

Tod salió también, y entre los dos, trenzaron un poema de ternura que haría de aquella jornada una fecha memorable y gloriosa para los enamorados.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Cañó, 1

Ediciones especiales

ÉXITOS

ACABA DE APARECER:

EL IMPOSTOR

ESTA SEMANA:

La deliciosa novela:

Esposa a medias

por Edmund Lowe y Leila Hyams

EN BREVE:

Esclavas de la moda

por Carmen Larrabeiti

y

Petit Café

por Chevalier

Precio popular: 1 peseta

Formidable éxito de la nueva

Biografía - Interviú

de

JOSÉ MOJICA

Letra de las canciones de

El precio de un beso

Ladrón de amor

y

Hay que casar al príncipe

Numerosas ilustraciones

de actualidad

Postal con autógrafo

Precio: 50 céntimos

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas · 2. Madre pecadora · 3. Estrella simbólica · 4. La losa del pasado · 5. La mujer de Satanás.
6. Jimmy, el misterioso · 7. Nueva mujer, nueva vida.
8. Amanecer · 9. Tras la cortina · 10. Los misterios de Londres. (La divina pecadora) · 11. En la vieja Arizona · 12. Honrará a su madre · 13. Nobleza baturra · 14. Su majestad El Amor · 15. Amor siniestro · 16 Eugenia Grandet · 17. Ana contra el mundo · 18. La hermana blanca · 19. De mujer a mujer · 20. Mujeres frívolas · 21. No me olvides · 22. El caballero del amor · 23. Estrellas fugaces · 24. Tobillos de oro.
25. En nombre de la amistad · 26. El prisionero de Zenda.
27. Sendas traicioneras · 28. El príncipe Stravos · 29. Fútbol, amor y toros · 30. Hombres peligrosos · 31. Sed de cariño · 32. Luna de miel · 33. Sharl (la hechicera oriental).
34. El príncipe de los diamantes · 35. Una mujer en Wall Street · 36. Las tres hermanas · 37. Cara o cruz · 38. La calle del azar · 39. La batalla de París · 40. Malas compañías · 41. El conquistador · 42. La caza del millón · 43. El enemigo silencioso · 44. El príncipe X · 45. Canción gitana.
46. ¿Quién disparó? · 47. El capitán Tormenta · 48. Arco Iris · 49. Estrellas del «Edén» · 50. Siete días con licencia.
51. ¡Que hombre tan guapo! · 52. Bataclán · 53. La santa amistad · 54. Dramas del circo · 55. El reporter del diablo.
56. Vértigo del tango · 57. La noche es nuestra · 58. El premio de belleza · 59. ¡Siempre alerta! · 60. El misterio de Villa Elena · 61. El testamento Nodelko · 62. Oro y sangre
63. Ingenuidad peligrosa · 64. La locura del oro · 65. Hermanas frívolas · 66. Estrellas de Occidente · 67. ¡Desamparado!
68. Un plato a la americana.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

888

1000P

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléfono 18551 - BARCELONA
